

## EL NEORRURALISMO: UNA NUEVA MIRADA AL DESARROLLO RURAL DE CHILE

Miguel Díaz Gacitúa\*

*Al poeta Pablo de Rokha por su gran obra:  
"Epopéya de las Comidas y Bebidas de Chile" (1949)*

### EL SECTOR RURAL CHILENO<sup>1</sup>

**E**l sector silvoagropecuario chileno aporta cerca del 7% del producto interno bruto del país, cerca de 4 500 millones de dólares anualmente. Esta contribución disminuye aceleradamente cada año en términos porcentuales, debido al crecimiento de la economía en su conjunto y al de algunos sectores productivos como el comercio, la industria y los servicios (ODEPA 2000).

Un 14% de la población nacional vive en el campo (alrededor de 2.1 millones de habitantes). A su vez, solo un 11.6 % de la pobreza total del país se concentra en este sector.

Un 13.8 % del total de la fuerza de trabajo del país vive o trabaja relacionada a las actividades rurales.

La ruralidad está inserta en el 99.08 % del territorio continental chileno y en él es posible encontrar desde climas áridos y desérticos en el norte hasta climas cir-

\* Av. Bulnes 285, Of. 703, Santiago de Chile. Teléfono (56) (2) 3900323, email: mdiaz@conaf.cl

<sup>1</sup> Todas las cifras referidas en esta sección han sido tomadas de ODEPA, 2000.

cumpolares en el extremo austral. A su vez, se la encuentra transversalmente desde las altas cumbres de la cordillera de los Andes colindantes con Argentina, que dan paso a pequeños valles donde se han desarrollado la agricultura y los principales asentamientos humanos del país.

El sector es principalmente productor y exportador de frutas y de madera proveniente de plantaciones artificiales. Le acompañan una serie de rubros menores que abastecen el mercado interno o son exportados. Estas exportaciones han venido creciendo a un ritmo muy alto; promedia un 11.3 % en la última década.

Las grandes empresas frutícolas, forestales, vitivinícolas, lecheras y agroindustriales están fuertemente globalizadas y conviven con un numeroso sector de pequeñas y medianas explotaciones de autosubsistencia en estado cada vez más crítico.

El país es relativamente pobre en dotación de suelos, ya que solo 5.1 millones de hectáreas son terrenos arables o cultivables, es decir un 6.6 % de la superficie nacional, y un millón de hectáreas está bajo riego (un 20% del total de los suelos cultivables del país).

Desde 1960 a 1973 se realizaron en Chile diversas modalidades de Reforma Agraria de las cuales la más profunda fue la implementada por el Presidente Salvador Allende, cuyos efectos fueron anulados por la dictadura militar de Pinochet. Este devolvió o privatizó las tierras expropiadas anteriormente, abrió los mercados de productos y factores, fomentó las exportaciones y un profundo cambio de cultura empresarial y tecnológica, lo que dio como resultado un fuerte crecimiento sectorial que en su época pico alcanzó a un 10 % del PIB.

Los gobiernos democráticos posteriores al año 1990 han intentado corregir las enormes disparidades productivas, tecnológicas y sociales que generó el Gobierno Militar, en el contexto de un modelo económico heredado y perfeccionado por las tendencias neoliberales existentes al interior de esos mismos gobiernos. Ello ha dado como resultado una fisonomía agrorural caracterizada por una enorme modernización de un sector productivo y el deterioro de la cultura rural debido al abandono y a la acelerada modernización del campo.

## **EL DETERIORO DE LA RURALIDAD CHILENA**

El campo chileno se encuentra actualmente en una delicada condición productiva y comercial que puede profundizar el deterioro de la ruralidad existente en las distintas regiones del país. Los efectos de omisiones o decisiones pasadas, en especial sobre acuerdos de apertura económica, conforman un cuadro que desde 1990 afecta a cada una de las principales zonas productivas: la del norte, productora de pisco, amenazada por la industria extranjera del whisky; la zona central, productora de frutas templadas, con dificultades existentes para el control de importantes plagas; la cerealera, del centro sur y la evasión de los mecanismos de resguardo de importaciones de sustitutos; la zona forestal industrial del sur, de monocultivo de pino, con los problemas creados por la baja del precio de los principales productos silvícolas en el mercado nacional y la pérdida de competitividad; la productora de carne con la falta de control de importaciones y su baja competitividad; la lechera, con la concertación de precios de compra de las plantas de procesamiento y los enormes subsidios de la producción extranjera importada, y la ovina austral, con su crónico problema de precios de la carne y la lana así como el agotamiento de las praderas naturales.

Por otro lado, la entrada en vigencia (en el 2001) de las desgravaciones arancelarias sobre productos silvoagropecuarios acordadas por Chile con Mercosur, profundizará la masiva entrada de productos agropecuarios desde Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, países que en importantes rubros tienen mayores ventajas comparativas y competitivas que Chile.

Por primera vez y después de una fase expansiva muy exitosa, el modelo de crecimiento chileno se muestra exhausto, con efectos culturales y ambientales manifiestos que requieren nuevos paradigmas y políticas para su superación (Moguillansky 1999).

En el sector rural, este particular proceso de apertura y modernización excluyente ha afectado profunda, simultánea y sostenidamente a los principales rubros productivos que son la base del empleo, el ingreso y la tradición rural del país. Con ello han sido arrastradas al deterioro las poblaciones de productores rurales indígenas y criollas, subsistentes y empresariales "no competitivas", que en el camino han hecho notables esfuerzos de adaptación y modernización al proceso.

Visto así, el problema del campo chileno no radica solamente en la sobrevivencia de uno u otro rubro productivo sectorial o en lo que algunos modernizadores lla-

man un enlentecimiento de la dinámica de transformación competitiva del sector, sino en el peligro de una posible desaparición de la ruralidad chilena. Es decir, de aquella forma de vida, de mirar al mundo y sus relaciones, propia de las poblaciones rurales, que se origina en un "saber hacer" específico y en la relación directa con la naturaleza (Chonchol 1994). Esta modalidad rural ocupa en Chile actualmente la casi totalidad del territorio nacional (Gastó 1999).

Esta ruralidad, su patrimonio cultural y ambiental, generado durante décadas, se ha ido deteriorando aceleradamente en estos últimos años. Producciones, tradiciones, arquitectura, comidas, formas productivas, recursos naturales, poblaciones animales han ido paulatinamente desapareciendo. Las causas del deterioro radican principalmente en los cambios en la estructura productiva del sector, en la sobreexplotación de sus recursos naturales, en la modernización tecnológica de la producción rural, en la modernidad social de las nuevas generaciones de habitantes rurales; en la minusvaloración del campo por parte de la ciudad, en la mayor conectividad y comunicación urbano-rural y, de manera muy esencial, en el abandono del sector rural por las políticas públicas.

El medio ambiente rural hasta ahora ha significado muy poco para las elites urbanas y, lo que es peor, ha servido como vertedero de los desechos urbanos.

En este contexto, la disminución de la población rural es consecuencia de este proceso de deterioro y de la carencia de oportunidades para el desarrollo rural. Así, actualmente, solo un 14% de la población chilena vive en el campo, en contraste con el 51% que habitaba allí en 1930. Es probable que al 2020 sea solo un 8% o menos, debido entre otras cosas a la fuerte automatización de las tareas productivas del campo.

Chile, al contrario que otros países latinoamericanos, no tiene zona "interior" (hinterland). Entre sus nieves andinas y las playas del Pacífico hay, como máximo, solo dos horas de viaje en automóvil. Su espacio rural es estrecho y muy diverso y, por lo tanto, fácilmente abordable e interferible. Esto significa que es un elemento que puede acelerar enormemente la desaparición de la ruralidad en los próximos años.

Sin embargo, en el espacio rural aún se produce gran parte del producto interno bruto del país, especialmente en sus fracciones minera, turística y silvoagropecuaria. No obstante, el PIB silvoagropecuario desciende aceleradamente. En 1990 era de un 8% y en 1999 fue solo de un 5.7%. Esa tendencia a la baja continuará en el tiempo hasta estabilizarse en un 4%, aproximadamente, en el 2020.

En términos espaciales y de comunicación es cada vez más difícil marcar las fronteras geográficas y temporales con el mundo urbano. El supuesto aislamiento comunicacional dejó de existir hace tiempo y el transvasamiento de mano de obra entre sectores de la economía y de la sociedad es un proceso creciente. Por ejemplo, gran parte de la mano de obra utilizada en faenas silvoagropecuarias proviene actualmente del mundo urbano y, hacia el 2035, solo un 50% de la oferta de mano de obra vendrá del sector rural (Santibáñez et al 1996).

A su vez, una cantidad cada vez mayor de insumos y productos del sistema agroalimentario chileno proviene de los mercados externos y es probable que esa tendencia se profundice a futuro. Es decir, progresivamente una mayor proporción de la comida de los chilenos proviene del extranjero.

Esos cambios han redibujado la fisonomía productiva de la ruralidad chilena, que no puede seguir siendo vista solamente como un espacio atrasado, sin servicios y con miles de pobres. Aproximadamente, solo un 11.6% de los pobres del país vive en el campo (1998), unos 400 mil habitantes versus casi 3 millones de pobres que viven en la ciudad. Esto hace que para los gobiernos la lucha contra la pobreza se transforme en un tema esencialmente urbano debido a la mayor dimensión y visibilidad de la pobreza en las ciudades.

En esa perspectiva, el sector rural chileno requiere una política de desarrollo cuyo foco esté puesto esencialmente en la revalorización de su patrimonio cultural y ambiental y no solo en apurar su transformación productiva o en la lucha contra la pobreza social que va quedando.

A esta mirada -de revalorización cultural- la hemos llamado "neorruralismo", porque actualiza radicalmente el diagnóstico de la ruralidad y, en consecuencia, define nuevos ejes para la política de desarrollo rural.

## **VISIONES ACTUALES SOBRE LA RURALIDAD**

Actualmente existen al menos dos posiciones sobre el futuro y las formas de proyectar la ruralidad en Chile<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Para una lectura a fondo sobre las diferentes visiones del sector rural chileno actual, algunos con matices de neorruralismo, ver en ODEPA 2000, los trabajos de Jorge Echenique, J. Ignacio Domínguez y Maximiliano Cox.

La posición *productivista y comercial*, proveniente del neoliberalismo económico, enfatiza la productividad, competitividad y la rentabilidad de los rubros del sector como la única determinante de su sobrevivencia. Es decir, es una mirada puramente económica, que no considera los aspectos sociales ni culturales.

La *posición neorruralista*, proveniente del regulacionismo contemporáneo, considera al sector rural como una parte del país, razón por la cual es importante lo que pase con su cultura, sociedad y recursos. Para esta posición, importa sobremanera el abandono del patrimonio cultural rural, el tamaño y la competitividad de la propiedad agraria, la concertación monopólica de precios del sector forestal, lechero y demás poderes compradores, la escasa diversificación forestal y sus negativos efectos socioambientales, el deterioro de los recursos naturales, la desprotección de la mano de obra rural, la estacionalización del trabajo y el carácter futuro del aparato del Estado agrario chileno. Esta posición no pone énfasis en la lucha contra la pobreza rural, sino en el fomento a la cultura y el patrimonio productivo ambiental rural.

## **PRINCIPIOS DEL NEORRURALISMO**

El neorruralismo considera al sector rural como un espacio y una población con una cultura distinta, que aporta a la recreación de la identidad nacional. En esta concepción, no es solo un lugar de producción o de pobreza. Considera que tiene múltiples funciones: una reserva de cultivos y alimentos básicos, un espacio de producciones alimentarias especializadas, un espacio de conservación de la diversidad biológica, de tranquilidad y descanso (medio ambiente sano) con zonas de producción exportable.

Esta concepción es sustantivamente distinta a las visiones con las cuales se construyeron las pasadas políticas de desarrollo rural, que consideraron al campo solo como un lugar donde imperaban el atraso, la pobreza y el subdesarrollo productivo. Esta situación ha cambiado de manera importante en las últimas décadas, por lo cual las prioridades de las políticas públicas para su desarrollo deben ser otras.

A este enfoque le interesa impulsar un espacio rural con las siguientes características:

- a. Una profunda vinculación de la gente con lo natural y con las relaciones humanas más directas.

- b. Una revalorización de la identidad rural, como contribución a la diversidad cultural del país. Ello implica una revalorización del campo por parte de los ciudadanos y, a su vez, una mayor autovaloración de los propios habitantes rurales.
- c. Una profunda diversidad económica productiva y empresarial, eficiente en la explotación, sustentable en el uso de sus recursos naturales y desarrollada de acuerdo con la especialización cultural y productiva de cada territorio.
- d. Una aceleración de la igualdad de oportunidades para el desarrollo del sector rural en lo productivo, educativo, cultural y de los servicios de la modernidad. Ello implica construir un hábitat y una sociedad rural confortable.
- e. La juventud como actor principal de la construcción de la nueva ruralidad nacional.

## **POLITICAS PUBLICAS A IMPULSAR PARA UNA NUEVA RURALIDAD**

El reenfoque propuesto postula que la nueva ruralidad puede impulsarse mediante cuatro grandes medidas de política pública:

a. **Política de resguardos comerciales a las producciones tradicionales.** Como lo hacen los gobiernos europeos, americanos y asiáticos, Chile debe impulsar medidas de resguardo comercial de sus producciones agrorurales, a partir de un fundamento sociocultural. Ello, porque la tradición cultural rural surge de las actividades productivas de siempre y porque la agricultura es el eje económico central, en torno al cual crece y sobrevive la población rural. Otras actividades recientes como el eco-agroturismo o las llamadas actividades rurales no agropecuarias, tienen una baja capacidad de mantener masivamente a la población en el campo.

b. **Política estatal de fomento a la cultura rural.** Es decir, fomento público de todas aquellas actividades culturales y económicas destinadas a la proyección del patrimonio cultural rural. Por ejemplo, apoyo financiero y tecnológico para la expansión de bienes materiales y simbólicos con denominación de origen, para la expansión de los servicios que mejoren la calidad de vida en el sector rural, el fomento de las identidades productivas locales, deportes tradicionales, literatura rural, gastronomía, cerámica, artesanía, el canto y las fiestas campesinas, el turismo rural, el desarrollo, conservación y proyección arquitectónica de poblados y villorrios rurales.

**c. Política de protección y recuperación del patrimonio natural rural dañado.**

Esto es la inversión pública en la recuperación de paisajes y recursos naturales dañados por la explotación empresarial y campesina no sustentable (en especial suelos, bosques y cursos de agua contaminados), protección de hábitats y especies animales y vegetales amenazados por la actividad del hombre y la expansión urbana. Es posible combinar estas tareas con la creación de empleo rural, una eficaz forma de lucha contra la pobreza. Especial mención merecen acciones de apoyo a las comunas con cuencas productoras de agua, es decir aquellas que alimentan los cursos, el regadío y el abastecimiento de las ciudades. El Estado debe invertir también en estas otras obras públicas.

**d. Política de equidad económico-territorial en el sector rural.** En este caso, no se parte de la base de compensaciones sociales vía subsidios sino que se actúa mediante intervenciones regulatorias gubernamentales sobre los procesos productivos y de acumulación de capital que ocurren en las zonas rurales. Está demostrado que la disparidad económica existente en las regiones del sur de Chile no se debe a la ausencia de ventajas comparativas, que impidan la producción y acumulación de capital, sino a la carencia de mecanismos y disposiciones innovativas para que la riqueza de la exitosa producción forestal industrial y lechera se traspase también a los productores y habitantes rurales; se transforma así en desarrollo local, o sea que se pone en marcha el eficaz funcionamiento de una política antidistorsiones en los mercados silvoagropecuarios internos, que permita el desarrollo de la pequeña y mediana empresa también.

Urge poner en práctica estas medidas de política porque en el 2020 serán las exportaciones manufactureras y de servicios los ítems más importantes de la economía chilena (Agosín 1996). A esa altura, el sector forestal se desplazará hacia muchos suelos agrícolas del país (Santibáñez et al. 1996). La agricultura pasará de una contribución al PIB de un 9% (1985) a menos de un 5%, con una utilización más intensiva de la gestión, tecnología y recursos productivos.

En esta perspectiva de mayor apertura y modernización, el sector rural corre el peligro de disolverse tras una impactante modernización de tipo urbano; se perdería así uno de los más ricos patrimonios culturales del país.

El sistema de partidos políticos de Chile debiera ser más activo en la representación de los problemas y desafíos de la ciudadanía rural del país, porque son problemas sentidos de un sector electoral que, aunque minoritario, es guardián y fuente de recreación de la identidad nacional.

Como corolario, puede decirse que actualmente el apoyo productivo al sector rural es una importante tarea a perfeccionar, pero insuficiente a la hora de preservar la ruralidad. Se requiere actuar en nuevos contenidos específicos adicionales, porque lo que está ocurriendo hoy día es la destrucción cultural y ambiental de la ruralidad chilena y, con ello, de una parte importante del país.

## **BIBLIOGRAFIA**

Agosín, Manuel. 1996. Proyecciones y escenarios de largo plazo para la economía chilena. En: La sustentabilidad ambiental del crecimiento económico chileno. Osvaldo Sunkel, Editor. Centro de Análisis de Políticas Públicas. Universidad de Chile. Santiago.

Chonchol, Jacques. 1994. Sistemas Agrarios de América Latina. Fondo de Cultura Económica.

Gastó, Juan. 1999. Ordenamiento Territorial de la Comuna de Santo Domingo. Proyecto FONDECYT-PUC. Santiago.

Moguillansky, Graciela. 1999. La inversión en Chile: ¿el fin de un ciclo de expansión? FCE-CEPAL. Santiago.

ODEPA. 2000. La agricultura chilena del 2000. Tres visiones sociopolíticas. ODEPA, MINAGRI. Febrero 2000. Santiago de Chile.

Santibáñez et al. 1996. Escenarios de Crecimiento del Sector Agrario y Posibles Cambios de Uso del Suelo. En: "La sustentabilidad ambiental del crecimiento económico chileno". Osvaldo Sunkel, Editor. Centro de Análisis de Políticas Públicas. Universidad de Chile. Santiago.